

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

# Rafael de Jaime Juliá

# Calypso

niños gratis\*  
Colección Asterisco

Primera edición: agosto de 2019

© niños gratis\* 2019  
www.niñosgratis.com

ISBN: 978-84-949333-2-5  
Depósito legal: M-26561-2019

Diseño: Hnos. Paadín  
Impresión: Punto verde

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

## Extracto del artículo de Wikipedia acerca de Everett Finch

Everett Archulus Finch (Goose Neck, Georgia, 26 de mayo de 1928—Amagansett, New York, 24 de diciembre de 1981) fue un escritor estadounidense. Conocido tanto por su extravagante estilo de vida como por su obra literaria. Ésta se compone de novelas, relatos, obras de teatro y guiones de cine. Nacido en una familia humilde del sur de EE.UU., alcanzó el éxito y la fama gracias a su muy particular estilo literario y a la extravagancia de su vida social en el Nueva York de los sesenta.

El éxito le llegó pronto, con la publicación en 1950 de *Montañas lejanas* (*Faraway Mountains*), una obra al tiempo costumbrista y llena de sofisticación que traza un crítico retrato de la sociedad rural y la urbana en los Estados Unidos de entreguerras. Le siguieron éxitos

como *Un lugar placentero* (*A Place Known for Pleasure*, 1953), *Los campos elíseos* (*The Elysian Fields*, 1956), *Bajo el cielo* (*Under the Sky*, 1961) y su polémica semblanza de la psique de un asesino convicto, *Desolado* (*Desolate*, 1966).

Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine, siendo especialmente recordada la adaptación de *Un lugar placentero* protagonizada por Lee Bradley y dirigida por Blake Edwards. Finch manifestó en varias ocasiones su desagrado por esta adaptación, llegando al punto de decir que los cineastas «habrían hecho un mejor trabajo si se hubiesen leído mi novela antes de adaptarla».

[...]

*Calypso*, 12 de junio de 1967

Querido Jack,

Hace tres días que llegué a *Calypso*. Te tengo que pedir un millón de disculpas por no escribirte antes, pero el viaje hasta aquí ha resultado una auténtica odisea —si no ha durado doce años desde luego lo ha parecido—. Salí de Nueva York el martes por la noche, aunque eso lo sabes porque hablamos por teléfono esa mañana y te estuve contando lo de Ricitos de Oro. El vuelo fue terrible, una cosa espantosa, toda la noche arriba y abajo como si estuviéramos en los elefantes voladores de Disneylandia o algo peor. Sabes que yo jamás me mareo en un avión —menos aún en un *jet*— y en un par de ocasiones eché mano de la bolsita por miedo a tener que usarla. Me

aterra usar esa bolsita. No el momento en sí —después—. ¿Qué haces con una bolsita llena de tu propio vómito? Es francamente repugnante, no creo que lo hayan pensado fríamente.

Cuando aterricé en Madrid era la imagen misma de la muerte; estoy bastante seguro de que las ojeras me llegaban hasta los tobillos. Me habría metido en la cama en ese momento y habría dormido durante tres días, pero tenía aquella entrevista que Ben Dorsey de *Esquire* me pidió que hiciera. El periodista era amigo suyo, o se habían acostado o eran primos. No lo sé, no me interesaba. Lo mismo que me pasaba con el periodista en cuestión. No sé qué pasa por la cabeza de un hombre para concertar una entrevista que se conducirá en un idioma que él no habla. Por supuesto decía palabras en inglés, y algunas eran incluso reconocibles, pero fue una absoluta pérdida de tiempo. Si tan solo me sirviera como promoción, pero ni siquiera tengo la seguridad de que se haya publicado ningún libro mío en este país. Si hubieras estado —ojalá hubieras estado, lo habríamos pasado en grande— habrías estado riéndote toda la

entrevista. El buen hombre me acribillaba a preguntas sin ningún tipo de orden ni concierto, prácticamente sin parar para respirar, en ese inglés macarrónico e impenetrable. Yo intentaba contestarle, pero, entre el atropello de mi entrevistador y que las sutilezas de nuestra lengua le estaban claramente vedadas, la situación era francamente cómica.

Luego comí con Parker, que está viviendo en Madrid por no sé qué asunto del Prado. No me pudo interesar menos, pero Lou me había hecho prometer por todo lo que más quería que comería con Parker si hacía escala en Madrid. Debí haber sacado el billete a Barcelona, eso es todo lo que te puedo decir de esa comida. No recordaba lo aburrido que puede llegar a ser Parker. Me gusta el arte como al que más, pero es que Parker podría estar hablando del tema más interesante del mundo —lo de Ricitos de Oro, por ejemplo— y me aburriría. ¿Cómo puede un hombre ser tan tedioso antes de cumplir los setenta? No lo puedo entender.

A la mañana siguiente cogí el tren a nose-donde. No soy capaz de retener los nombres de las ciudades, ¿qué sería de mí si perdiera

mi libreta? Lo llevo todo anotado porque por algún motivo los nombres de ciudades españolas pasan por mí sin dejar mácula. El trayecto fue agradable, era un tren moderno y cómodo, pero el paisaje era increíblemente monótono. No he estado nunca en Kansas, pero me lo imagino así de aburrido: todo llano todo el tiempo sin nada que tenga particular interés.

En la estación me estaba esperando el chófer de Lee. Digo chófer por decir algo, porque parece ocuparse del coche, del jardín, de la piscina y de prácticamente todo lo que ocurra fuera de la casa. El buen hombre no habla una palabra de inglés y tiene un aspecto más bien campesino, así que supongo que más que chófer será jardinero que conduce o algo así.

Tendrías que ver el coche que mandaron, una cosa fantástica. Es un coche francés, un Citroën creo, como el que nos prestaron hace cuatro años en Cap Ferrat cuando lo del cumpleaños de Ena, pero negro, que lo hace completamente distinto. Negro reluciente, parecía el coche de un espía, como si lo fuera a conducir Sean Connery en la próxima pelí-

cula de James Bond. La analogía se le debió ocurrir también al chófer porque en cuanto salió de la ciudad empezó a correr como si estuviéramos huyendo del Doctor No. Pero qué maravilloso, Jack, ¡qué maravilloso!

Bajé las ventanillas, en parte por sentir la brisa y en parte por puro afán de supervivencia. El calor era asfixiante y así podía oler el mar. Y no cualquier mar, ¡el Mediterráneo! La carretera es la cosa más pintoresca que puedas imaginar: hay pinos plantados a los lados para dar sombra, y va serpenteando entre pueblecitos cochambrosos hasta acercarse al mar. ¡Y qué mar, Dios del cielo!

Tú lo sabes porque lo has visto, pero qué forma de brillar tiene el Mediterráneo. No he visto otro mar que brille así, con esa insolencia, bajo el sol ardiente del mediodía. Los destellos casi no te permiten ver el azul, que es un azul para perder la cabeza, pero además está ese brillo, ¡brilla como los diamantes! Es una pena que no hayas podido venir este año, lo pasamos tan bien el año pasado en Sicilia... Me he acordado porque el mar brillaba así. ¿Recuerdas cuando bajábamos paseando desde la villa hasta la playa y al dar la vuelta a

la esquina de pronto aparecía el mar, centelleando de aquella manera y ya de pronto no importaba el calor y el sol?

Pero, ¿qué hago? Yo aquí, hablando del Mediterráneo mientras tú estás atrapado en Long Island con la gente más aburrida del mundo y el océano más gris y soporífero de todos, el Atlántico Norte. Estoy seguro de que a Lee le habría encantado que vinieras, pero entiendo que es importante lo que estás haciendo. Solo desearía que estuvieras aquí conmigo. Por cierto, dale mis recuerdos a Kitty, a Bopper y al Capitán. A Edwin, por mí, como si le parte un rayo.

Tardamos algo más de una hora desde la estación a *Calypso*, y todo sea dicho, te he contado la parte más bucólica del viaje. ¿Sabes lo que son las salinas? Pues no huelen bien. Y el calor, ¿te he dicho ya lo espantoso del calor? Menos mal que llevo la maleta llena de ropa ligera, porque aun con el aire en el coche el traje se me pegaba al cuerpo y la corbata me estrangulaba como una horca. Para cuando cruzamos la cancela de *Calypso* me había quitado la americana y la corbata y me había arremangado la camisa. Parecía un

reportero del *Daily News*<sup>1</sup>, con roderas de sudor y todo. Una cosa vergonzosa.

La llegada fue curiosa: la casa está en una ladera, y está construida aprovechando la inclinación del propio terreno, así que cuando llegas lo único que ves es el recibidor, que parece más una caseta para guardar el cor-tacésped que otra cosa. Cuando el coche se detuvo ahí pensé que tenía que haber habido algún tipo de error. Qué alivio sentí cuando de la caseta salió Lee, con el pelo suelto y los brazos en alto gritando «¡Everett, Everett, ha llegado Everett!». Tendrías que verla, Jack. Sé que a menudo digo que el matrimonio es una condena a la griseza para una mujer hermosa, pero Lee es claramente la excepción que confirma la regla. Está más guapa que nunca. Solo viste con túnicas, pero de algún modo consigue hacerlas elegantes, y ellas le devuelven el favor haciéndole parecer más alta. Lleva el pelo, su maravilloso pelo negro, suelto y largo por debajo del hombro. Es una especie de Lady Godiva más pudorosa y menos aria. Va descalza a todas partes, como si hubiera

1. N. del T.: periódico sensacionalista de Nueva York.

abandonado la civilización el día que salió de Nueva York por última vez.

Enseguida me hizo pasar a la casa, que es como una casa al revés porque se entra por el punto más alto y se va bajando para llegar al resto de estancias. Te imagino sentado en una de esas casas-ataúd estilo Reina Ana, escuchando a algún señor polvoriento contar historias aburridísimas e inventadas mientras sorbe brandy y fuma cohibas, y muero de tristeza, así que intentaré no hacerlo. Esta casa es todo lo contrario a las casas-ataúd: según entras a la falsa caseta estás en lo alto de una gran escalera que desciende haciendo una leve curva. La curva está ahí por algo —cuando has bajado lo suficiente te encuentras en una gigantesca estancia que está completamente abierta al mar, como si una pared entera la hubieran sustituido por ventanas—. Ten en cuenta que no has visto el mar desde que llegas a la casa hasta este momento, ¡es tan ingenioso!

Los muebles y la decoración son una cosa fantástica, todo modernísimo, ya conoces a Lee. Tiene un gusto exquisito y contactos en todos los sitios adecuados. Pero la pieza

principal es el mar. Vas a pensar que estoy enloquecido con el mar, no hago más que hablar del mar, pero es que si piensas eso estarás en lo cierto. He perdido el juicio, Jack, me he enamorado del mar Mediterráneo. Envíame el resto de mis cosas, ¡me quedo aquí para siempre!

Bromas aparte, a duras penas se nota que esta sea una casa de veraneo, me imagino viviendo aquí todo el año. ¿Te imaginas que comprásemos una parcela por aquí cerca y nos construyéramos nuestro propio *Calypso*? Podríamos envejecer tostándonos al sol y haciendo crucigramas. ¿Tú crees que nos enviarían el *New York Times* por avión? Yo creo que solo con los *royalties* de *Montañas lejanas* podríamos vivir aquí tranquilamente el resto de nuestras vidas. Supongo que acabaríamos aburridos de tanta paz: no sé si sería capaz de vivir sin el bullicio de Nueva York. Y las fiestas, querido Jack, las fiestas. Temo que nuestro retiro dorado ha sido un sueño fugaz, aunque siempre guardaré su recuerdo en mi corazón.

La estancia grande de la que te hablaba ocupa una planta entera, y hace las funciones

de todo: de sala de estar, de salón, de comedor, de biblioteca... Suena abarrotado, lo sé, pero créeme cuando te digo que no es así. Desde aquí se puede bajar por dos escaleras, que dan a dos alas completamente independientes de la casa: un ala de invitados, con varios dormitorios con vistas maravillosas al mar, y un ala familiar a la que, por su propia naturaleza, no he entrado. Saliendo por el ventanal hay un caminito que baja por la ladera hasta una preciosa terraza donde está la piscina.

El jardín está salvaje, o más o menos cuidado pero haciendo un esfuerzo para parecer natural —eso es muy Lee, ¿verdad?— y está lleno de rincones ideales para sentarse a leer con un té helado y perder el día entero. Incluso he encontrado mi lugar favorito del jardín: hay una pequeña terraza, un poco más alta que la piscina, que tiene sombra y brisa del mar todo el día. Tiene vistas tanto de la piscina como de la pequeña cala que hay a los pies de la casa, de la que por cierto te hablaré luego, y ya le he dicho a Lee que a partir de ahora esa zona se llamará “El rinconcito de Everett”. Ella se rió, pero lo digo completamente en serio.

Sé que esperas ansioso una descripción del misterioso amante latino que nos ha robado a Lee, pero temo que te voy a defraudar en ese frente. Alfonso, que así es como se llama, no está, así que no te puedo contar nada sobre él salvo que tiene una casa magnífica en la costa que se llama *Calypso*. Pero no todo serán decepciones: en compensación por la absoluta falta de descripción de Alfonso que encontrarás en esta carta, tengo un cotilleo jugosísimo, si bien poco escandaloso. ¡Lee y Alfonso tienen un hijo! En realidad es hijo de Alfonso, de su primera mujer, que antes de que preguntes, murió en circunstancias muy tristes, pero nada extrañas y nada sospechosas. No todo en el mundo tiene que ser un *whodunnit*<sup>2</sup>. Pero Lee se refiere a él como su hijo, y lo mejor de todo es que no es un angelito de mejillas sonrosadas, sino un hombrecito de quince años. ¿Te imaginas a Lee siendo madre de un adolescente? Pues no tienes que imaginarlo porque es la vida misma.

- 2 N. del T.: término intraducible que se refiere a un tipo de novela o película en la que se comete un crimen, habitualmente un asesinato, y el lector trata de adivinar quién lo ha cometido antes de que lo revele el autor.